

Daniel Abraldes (coord.)

Ideas que cruzan el Atlántico:
utopía y modernidad latinoamericana

**escolar
y mayo**
EDITORES

Índice

Daniel Abraldes	
<i>Prólogo - América: el devenir de una utopía.....</i>	7
PRIMERA PARTE - UTOPIA	
Juan Manuel Forte	
<i>Derecho de guerra, esclavitud natural y caza de hombres en las polémicas de Ginés de Sepúlveda.....</i>	15
Guillermo García Ureña	
<i>El hospicio de los conversos: utopía y dominación en Vasco de Quiroga.....</i>	35
Laila Yousef Sandoval	
<i>Frontera y colonia en el Derecho Internacional schmittiano: el papel vertebrador del Nuevo Mundo para la soberanía del Iuspublicum europaeum.....</i>	49
SEGUNDA PARTE - REVOLUCIÓN	
César Ruiz Sanjuán	
<i>Socialismo e indigenismo en el pensamiento de Mariátegui.....</i>	69
Pedro García Guirao	
<i>La revolución empieza por la educación: México y la Escuela Moderna de Francisco Ferrer i Guardia.....</i>	85
Antonio Rivera García	
<i>El peligro yanqui: la crítica de la civilización norteamericana por el hispanoamericanismo liberal de entreguerras.....</i>	103
Patricia Ledesma Fernández	
<i>Manuel Gálvez con Toledo al fondo. España como utopía crítica y hogar de las almas bellas.....</i>	143

Antonio Miguel López Molina	
<i>José Gaos, discípulo e intérprete de Ortega.....</i>	161
TERCERA PARTE - HEGEMONÍA	
José Luis Villacañas Berlanga	
<i>Medina Echavarría y su recepción de Weber.....</i>	181
Rodrigo Castro Orellana	
<i>Diferencia colonial y pensamiento fronterizo. El privilegio de Walter Mignolo.....</i>	211
Daniel Abralles	
<i>Articulaciones equívocas en «el conflicto del campo» del año 2008. Apuntes para un estudio de la polarización política en la Argentina.....</i>	233
Carolina Bruna Castro	
<i>El sujeto frente a la política. Apuntes sobre la idea de individualidad de Jorge Millas.....</i>	259
Ángel Octavio Álvarez Solís	
<i>La muerte del centauro. Metacrítica del ensayo mexicano.....</i>	273
Ana Carrasco-Conde	
<i>Poder y territorio: el caso Brasilia.....</i>	295
<i>Bibliografía.....</i>	315
<i>Apuntes biográficos.....</i>	335

PRÓLOGO

AMÉRICA: EL DEVENIR DE UNA UTOPIA

Daniel Abrales

Y así, antes de ser esa firme realidad que unas veces nos entusiasma y otras nos desazona, América fue la invención de los poetas, la charada de los geógrafos, la habladuría de los aventureros, la codicia de las empresas y, en suma, un inexplicable apetito y un impulso por trascender los límites.

ALFONSO REYES

Utopía, en el relato de More, no tiene una ubicación precisa, pero sí aproximada: es inequívocamente una isla del «nuevo mundo».

FERNÁNDEZ BUEY

En cierto sentido, América no existe. O, para ser más exactos, no existe más que como mero reflejo europeo, como respuesta a una obsesión suya. En cierto sentido, América existe. Y al menos en el mundo moderno, existe más que ninguna otra cosa, pues existe como residuo irreductible, como conato, como algo que persevera en su ser y que, aun siendo este un ser irreversiblemente híbrido, impreciso –vale decir, mestizo–, infunde así *sus* renovadas energías a Occidente. En una obra que lleva camino de convertirse en clásico, Marshall Berman recurrió a un famoso *dictum* marxiano para definir no ya el capitalismo, sino la modernidad, y más exactamente, esa forma suya de *experiencia* a la que denominó «modernismo»: «Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, *al mismo tiempo*, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos. [...] Ser modernos es formar parte de un universo en el que, como dijo Marx, “todo lo sólido se desvanece en el aire”» (Berman, 2011: 1, subrayado nuestro). Desde su «descubrimiento», América ha sido puro *modernismo*. Más aun: la reserva misma de *modernismo* con la que Occidente

se lanzaría a la desesperada empresa de la modernidad. Sede por ello de una experimentación indefinida, América fue desde el principio *algo que era no siendo*, el emplazamiento mismo de un no-lugar (*u-topos*), o mejor incluso, el *lugar vacío* donde el «Viejo Mundo» pudo proyectar las fantasías con las que escapar a su propia decadencia.

Sabemos el papel que la moderna teoría discursiva de la hegemonía reconoce a la *vacuidad* de algunos significantes como el fundamento mismo de su flotación y de la inestabilidad general de un sistema. Quizá América no haya sido más que *el signifiicante vacío de la modernidad*. Descubierta cuando llevaba siglos existiendo, bautizada con el nombre prestado de un cosmógrafo florentino, arrasada hasta arrancar de sus entrañas el último de sus secretos: todo en ella habla del ser constitutivamente *relacional* que le concedió –o le consintió– Occidente. Incapaz de coincidir enteramente consigo, América flota desde entonces ininterrumpidamente, y a lo largo de su historia será, sin importar lo que diga el Estagirita, una cosa y su contraria. Será objeto de evangelización y, en la misma Encomienda, de explotación y saqueo; será el hogar de la especulación y de la fantasía, pero también, a su turno, de la más inmisericorde *Realpolitik*. Será finalmente un «Nuevo Mundo», pero incluso ello lo será solo bajo la forma de una extraña *intimidad*, como la «última Tule» del propio y familiar universo, como el instante previo a la propia y remota Caída¹.

Tal fue desde el principio la carga simbólica con la que América ingresó en la dialéctica de la historia, el peaje que hubo de pagar para dejar de ser uno de esos hegelianos «pueblos sin historia». A su manera, el

¹ Para la asimilación metafórica de América con la «última Tule», la referencia clásica es Reyes, 1997: 11-62. Por lo que concierne al eje metafórico relacionado con la *inocencia* de las sociedades precolombinas y la manera en que esta sirvió para evocar la propia naturaleza «incorrupta» definitivamente perdida, me permitiré citar *in extenso* un elocuente pasaje de Fernández Buey: «Con la metáfora “mondo nuovo” designaba Vespucci no solo las tierras recién descubiertas, sino también sociedades indígenas semejantes a las sociedades paganas de la antigüedad (“hombres que están saliendo apenas del Paraíso Terrenal”) y un continente nuevo que se contraponía al viejo. Además, Vespucci presentaba las formas arcaicas y primitivas de las sociedades americanas como el residuo de una antigua edad de oro, cuando los hombres vivían con inocencia y sin malicia. Vespucci introduce, pues, una acepción de “mondo nuovo” que rebasará el ámbito geográfico y que, en las décadas siguientes, serviría a las gentes para referirse al pensamiento religioso, a la literatura utópica o a la narración, como mundo invertido o como mundo de las ilusiones» (2007: 77-8).

volumen que el lector tiene entre sus manos narra esta larga e ininterrumpida relación entre Europa y América –vale decir, la historia del Occidente moderno– leída en clave de utopía y de permanente diferimiento. Los textos aquí compilados recogen algunas de las intervenciones que tuvieron lugar durante el primer «Encuentro Internacional: Ideas que cruzan el Atlántico», organizado por el GIPEL (Grupo de Investigación Pensamiento Español y Latinoamericano)² y celebrado en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid en febrero del pasado año 2014. Pero si la modernidad y el modernismo son la historia de una *transformación inacabable*, no todo en ella es sin embargo lineal. El lector encontrará por ello una obra organizada en tres partes –«Utopía», «Revolución» y «Hegemonía»–, que de algún modo recogen tres momentos fundacionales de este Occidente moderno, tres formas cualitativamente distintas de ensayar ese santo y seña de la modernidad que es la vocación transformadora.

En la «Primera parte», el lector encontrará unos textos que, referenciados todos en el siglo XVI, abordan el primer contacto entre ambos mundos y los problemas que con este se suscitan. Los tres capítulos que conforman esta sección nos ayudan a comprender el papel que desempeñó entonces la «Utopía» como operador epistémico-político. Si se quería legitimar la conquista, si se quería trasplantar a suelo americano un orden jurídico de legitimación que le era extraño, la previa representación del Nuevo Mundo como un *no-lugar*, el drenaje de toda positividad que pudiera mostrarse conceptualmente irreductible a la lógica jurídica europea, era entonces una *conditio sine qua non* para la posterior homologación del indio con figuras más próximas a las de la experiencia política, jurídica y militar cristiana. La *utopía* resultó así esencial para poder salvar esa inconmensurabilidad o asimetría entre el Viejo y el Nuevo Mundo³.

² Adscrito al Departamento de Historia de la Filosofía de la Universidad Complutense, el GIPEL soporta el Proyecto de Investigación «Biblioteca Saavedra Fajardo de Pensamiento Político Hispánico (IV): Ideas que cruzan el Atlántico: la formación del espacio intelectual iberoamericano» (FFI2012-32611).

³ Los textos de esta primera parte recuperan precisamente algunas de las formas de *reocupación representacional* de ese *lugar vacío* que se ensayaron entonces –la homologación del indio con el *infiel* en la estrategia polemista de Ginés de Sepúlveda (Forte) o, como contrapunto menos hostil con las poblaciones autóctonas, el papel que habrían jugado las fuentes *conversas* del pensamiento quiroguiano en su implantación